

EL ALCALDE DE ZALAMEA

Por SERGIO VODANOVIC

En nuestro concepto "El Alcalde de Zalamea" es una de las principales y mejores obras de la dramaturgia mundial. Los valores teatrales como ideológicos que la obra de Calderón contiene, le han permitido permanecer, a través de los siglos, incólume al transcurrir del tiempo. Ello se debe, sin duda, a que los elementos sobre los que se sostiene su estructura dramática, tienen un carácter universal a la vez que perennes. La justicia y el honor, valores que, entrelazados, son exaltados en "El Alcalde de Zalamea" no son —por el absolutismo que ellos encierran— patrimonio de una época ni de una nacionalidad. Claro está que pocos pueblos como el español, podrían haber producido un dramaturgo que en forma tan sobria, pusiera de manifiesto estos sentimientos y los convirtiera en sustancia dramática como lo hace Calderón en "El Alcalde de Zalamea". Lo mejor del carácter español se encuentra encerrado en este drama y en ello reside gran parte de su trascendencia.

Esperábamos de la versión que ofrecería el Teatro Experimental, una labor que pudiera en relieve las múltiples virtudes de la obra de Calderón. No ha sido así, sin embargo.

Al interpretar "El Alcalde de Zalamea", el Teatro Experimental nos ha dado un trabajo frío, opaco, exento de imaginación. Se ha desperdiciado la enorme vitalidad del drama, para presentar una versión acartonada, pobre de matices, en la que la obra debe imponerse por su propia fuerza y a pesar de la mayoría de sus intérpretes.

Todo está hecho como se acostumbra hacer en el Teatro Experimental. Con propiedad y riqueza de medios, pero falta ostensiblemente el vuelo imaginativo, la creación artística que valorice lo mucho de genial que el drama ofrece.

En nuestro concepto, sólo Roberto Parada, supo dar vida y trasuntar humanidad a su personaje. Pedro Crespo, el austero alcalde de Zalamea, fué servido por la reconocida inteligencia de Agustín Siré. Sin embargo, Pedro Crespo es de aquellos personajes cumbres de la literatura dramática donde, junto al símbolo que él encierra, ha de encontrarse al hombre. No logró Agustín Siré, hacer trascender hasta los espectadores, en toda su intensidad, la extensa gama de emociones que su personaje experimenta. Otro tanto sucedió con Marés González que en el relato que su personaje hace de su deshonra en el tercer acto, no logró quebrar el verso, resultando así, recitativa.

A pesar de éstos reparos dirigidos fundamentalmente a la dirección, la calidad del drama, su fuerza emotiva y su riqueza conceptual, logran vencer la frialdad interpretativa y dan al espectáculo interés y emoción.